MÉTODO

PRESERVATIVO Y CURATIVO

DEL

CÓLERA MÓRBO,

POR EL SR. DR.

D. BUENAVENTURA LAMBUR.

Reimpreso de órden

DEL SUPREMO GOBIERNO

DE LA

REPÚBLICA.

GUATEMALA.

—IMPRENTA DE L. LUNA.—

Calle de la Providencia, Núm. 2.

1857.


22200176589

AL PÚBLICO.

L Sr. Dr. D. Buenaventura Lambur, à solicitud del que suscribe, ha tenido la bondad de escribir el siguiente *Método preservativo y curativo* de la enfermedad epidémica que hoy nos aflije; y deseando que el público pueda aprovecharse de él, he creído conveniente imprimirlo. Como se verá, es una carta particular; y la doy á luz íntegra, contando con el beneplácito de su autor.

Guatemala, Agosto 1º de 1857.

Antonio Taboada.



MÉTODO

PRESERVATIVO Y CURATIVO

DEL

CÓLERA MÓRBO.



Señor D. Antonio Taboada.—Muy Sr. mio y de mi aprecio:—Procurando obsequiar los deseos que U. me ha significado, he reunido las ideas que pueden servir de instruccion para prevenir, y, en su caso, curar el cólera mórbo.

Juzgo que, en la generalidad de los casos, supuestas ciertas circunstancias del individuo, el cólera es curable.

Las circunstancias á que me contraigo, son: la buena y tranquila disposicion del ánimo, y arregladas costumbres del individuo: hé aqui la primera garantía de precaucion; pero es tambien conveniente que, el que asi ha vivido, hoy obsérve mas órden y vigilancia en sus hàbitos ordinarios; y esto constituye la segunda garantía.

En consecuencia, supuesta una ordinaria re-

gularidad, no debe hacerse innovacion alguna en las comidas y bebidas, sino seguir las mismas costumbres, cercenando algo, si es menester, segun dicte la prudencia: tan malo es beber licores, por precaucion, como dejar de comer moderadamente por miedo lo que tenemos por costumbre.

Es preciso esforzarse en mantener el espíritu tranquilo: es conveniente el ejercicio en buen tiempo, y mejor si es al sol. Ademàs, buscar la sociedad, en vez del aislamiento, es un escelente medio de precaucion.

Es tambien necesario procurar el tener los pies secos y calientes: la frialdad en ellos y en las manos, procedente de no comer ó del miedo, no está al alcance de la facultad remediarla. Ventilar las habitaciones, no tener las piezas ò cuartos, oscuros ó cerrados, son medios seguros de salubridad, asi como calentarlos, cuando por su localidad ó construccion, son húmedos y frios.

Evitar los efectos de las pasiones desordenadas, como la ebriedad, el juego, etc. es un precepto, no solo de moralidad en todos tiempos, sino de precaucion en el presente.

Contraigámonos ahora á la curacion: consiste en comenzarla á tiempo, y continuarla eficazmente, durante cuatro horas por lo ménos, hasta doce ó mas. Todos los remedios indicados para este caso, son buenos con tal que tiendan à mantener las fuerzas del enfermo, y á calentarle. Hé deducidolo asi, de lo que he leido y con-

firmado por mi propia esperiencia, durante la invasion que sufrimos de esta epidémia en el año de 1837, y de lo que actualmente estoy observando en los enfermos que he asistido. Como consecuencias prácticas, he inferido tambien que los remedios deben ser de accion pronta, y deben subministrarse con la conveniente continuidad, sin hacer caso de la continuacion del mal. Sin temor de equivocarse, todos los remedios se pueden reducir à tres, para tomarlos interiormente; tales son: el làudano, el éter sulfúrico y el álcali; y esteriormente, se debe echar mano con libertad, del sin número que hay para calentar, desde la simple friega, hasta el hierro caliente, corrido por los canales del espinazo.

Como en esta enfermedad, está amenazada de apagarse la llama de la vida, la esperiencia ha comprobado que, por los medios referidos, se evita aquel término; y el modo de usarlos es el siguiente:

Échese en dos tragos de alguna infusion aromática, manzanilla, por ejemplo, dos gotas de láudano, y tómese esta bebida cada cuarto de hora, cada media hora, ó cada dos ó tres horas, segun fuere el ataque; siendo advertencia, que cuanto mas fuerte sea éste, con mas frecuencia deben subministrarse las bebidas. Se comienza con ellas desde que princípia el ataque, si éste fuere suave: se abriga al enfermo en la cama, y se le calienta en proporcion al frio que siente. Muchas veces basta esto solo para combatir un ataque li-

jero; pero como puede ser mas fuerte, es necesario añadir à las bebidas de que hablamos cuatro gotas de éter, y subministrarse con tanta frecuencia, cuanta mayor fuere la fuerza de aquel. Debe entónces calentarse al paciente con mayor eficácia y tezon; debiéndose continuar este tratamiento, sin suspenderlo, por muchas horas.

El tiempo es precioso en este mal: no hay qué perder un solo minuto; y asi es que, cuando sube de punto, se sube tambien de punto con los remedios, y en esos momentos llega el caso de emplear los grandes sinapismos de mostaza y agua al espinazo, al interior de los brazos y de los muslos; además de los ladrillos calientes, botellas de agua caliente, sacos de afrecho calientes, rescoldo, etc. Las gotas de éter se aumentan hasta cinco de una vez, ó en lugar de éter se dà álcali; y es muy bueno dar una vez álcali, y otra éter, alternando las tomas de estos dos poderosos ajentes, que unidos al láudano, dán el resultado de curar casi siempre.

Empiécese en todo caso, por dar pocas gotas de estos tres remedios, para poder repetir sus tomas con frecuencia, como queda indicado. El mínimum del láudano, es de dos gotas, y el mácsimum de cinco, lo mismo que de éter y de álcali; pero el láudano se dará siempre en ménos cantidad, verbi-gracia: láudano, dos gotas: éter, cuatro.

Como por lo regular, durante los ataques, sufren mucha sed los enfermos, se les debe dar agua

fria, siempre en pequeñas porciones. Pasadas algunas horas de este tratamiento bien sostenido, el enfermo se alivia, se calienta, calman el vómito, la diarrea y los calambres: se mejora el semblante, sobreviene el sudor, y algunas veces el sueño. Hasta entónces puede decirse que aquel se ha salvado; pero no hay qué confiar, ni abandonarle, porque regularmente el mal ataca de nuevo otra ú otras dos veces; mas por lo comun es sin mayor intensidad: no obstante, se le acude con los mismos remedios y procedimientos; y como en este caso el mal es ya impotente, el arte triunfa de él con facilidad.

Desde que el individuo es atacado, hasta que llega al término de su salvacion, trascurre un período de tiempo de seis, doce y hasta veinticuatro horas; y aqui comienza un nuevo peligro, y es, que por un leve descuido, repite el mal con tanta fuerza, que regularmente no alcanzan los medios ya conocidos para salvar al paciente. Para precaver este riesgo, no conviene dar ninguna clase de alimentos, durante los ataques; y recuérdese que hemos dicho que éstos duran cuatro, doce ó mas horas, asi que, hasta que ha pasado un ataque, y el enfermo se siente mejor, se le podrán dar poquitos de atole, de cuatro á seis cucharadas á lo mas, aumentándose la dósis sucesivamente, en proporcion á la mejoría del enfermo. En este caso pueden alternarse las tomas de atole con caldo simple; y para mayor seguridad del convaleciente, mi opinion es, que permanezca por lo mé-

nos ocho dias observando estrictamente estas indicaciones.

Se observará que nada he hablado de la sangría, y es porque, á mi juicio, nuestro clima no es favorable á su aplicacion en el cólera. Tampoco he dicho una palabra respecto de los vomitivos y de las purgas; y no he tocado estas materias en razon de que creo, que solamente los facultativos pueden calificar los rarísimos casos en que debe practicarse una sangría, ó dar un purgante ó vomitivo.

Por la premura del tiempo, he formado estos apuntamientos con suma prisa; pero no dude U. que llevan el sello de mi conviccion y fé médica. Nada he consignado en ellos por pura fórmula ó por salir del apuro de cumplir mi palabra: contienen sí, verdades deducidas de observaciones cuidadosamente recojidas, y que pueden ser útiles en los casos y lugares en que no haya facultativos á quienes ocurrir.

Guatemala, Julio 29 de 1857

Buenaventura Lambur.